



Roma, 13 de enero 2014

HOMILÍA CONCLUSIVA

Don Silvio Sassi, Superiore Generale ssp

Nuestro deseo es que la Palabra de Dios, en los textos proclamados, nos ayude a concienciarnos siempre más sobre nuestro deber de agradecer a la Providencia los cien años del carisma paulino y, al mismo tiempo, robustezca nuestra determinación a continuar en fidelidad creativa la herencia que nos dejó el beato Santiago Alberione.

La **primera lectura** (1Sam 1,1-8) marca el comienzo –se completará en la lectura de mañana–, del relato del nacimiento milagroso de Samuel. Ana sufre por su esterilidad, particularmente porque esta imposibilidad suya de engendrar la hace objeto de mofa y de burla por parte de Fenina, mujer fecunda de Elcaná y, además, porque las atenciones del marido no pueden compensar su deseo de maternidad.

En la Sagrada Escritura hay otros episodios de mujeres estériles que se vuelven fecundas por milagro: Sara, Rebeca, Raquel, la madre de Sansón y la madre de Juan el Bautista, alumbrando luego personajes que tuvieron una misión especial para todo el pueblo de Dios.

Sin duda en la intención del autor sagrado al narrar estos hechos no está sólo el describir la **omnipotencia de Dios**, capaz de engendrar vida incluso donde humanamente hablando no es posible. El acontecimiento milagroso no manifiesta sólo una cualidad exclusiva de Dios, sino también su **atención providencial** con las criaturas: la vida de uno engendrado por intervención especial de Dios llega a ser fuente de vida para todo su pueblo. Así fue con Samuel, llamado a tramitar en el pueblo hebreo el delicado paso de la federación de tribus al régimen monárquico.

Con una aplicación algo audaz, también nosotros estamos llamados a tramitar el paso del carisma paulino desde sus cien años al futuro que Dios quiera concederle. Y justo porque nos aguarda una misión **humanamente ardua**, necesitamos ante todo confiarnos a la **omnipotencia divina**, siguiendo el ejemplo y la enseñanza del Primer Maestro.

La celebración del centenario debería estimular en nosotros el **gusto de la historia** de nuestros orígenes, pues aunque de verdad el contexto en que vivimos es radicalmente diverso, los elementos que lo constituyen son equiparables.

El Primer Maestro estaba convencido de haber recibido de Dios una **misión** que realizar, pero cuando pliega los ojos sobre su persona, sobre los primeros que le siguen, sobre las dificultades y los problemas insuperables surgidos continuamente, se siente **incapaz e impotente** de llevar adelante lo que le ha encomendado el Espíritu.

Nosotros, cada Institución por sí y la totalidad de la Familia Paulina, estamos convencidos de haber recibido **la vocación y la misión paulina**; pero cuando concentramos la mirada sobre nosotros, sobre nuestras comunidades, sobre nuestras vocaciones, sobre la formación, sobre el apostolado... nos vemos invadidos por una sensación de **pequeñez e incapacidad** frente a una misión fascinante pero fuera de nuestro alcance.

La historia de la redacción del “**pacto**” o “**secreto del éxito**”, a partir de enero de 1919, puede ayudarnos a entender la fe que movió al Primer Maestro y a las primeras generaciones paulinas a vivir la **paradoja** de una misión magnífica llevada adelante con pobreza de personas y de recursos humanos. “¡Un tesoro en vasos de barro!”.

Hemos de profundizar bien la **espiritualidad** del “pacto” para conservarlo en todo su “**color paulino**”, sintetizado posiblemente en esta expresión del Primer Maestro: “Mantenerse arriba con los pensamientos y caminar con los pies por tierra”.

A las comunidades paulinas de Londres, en 1956, el Primer Maestro les decía: “Vivir el *Pacto* o *Secreto del éxito* significa usar todos los medios y sin embargo creerse ineficaces e insuficientes. Segundo: poner toda nuestra confianza en Jesucristo: *Por mí nada puedo, con Dios lo puedo todo. ... ¡Vivir el Pacto!*, que cabe decirlo según la forma más larga, como lo tenemos en el libro de nuestras oraciones, y también con la forma más breve: *Por mí nada puedo, con Dios lo puedo todo*. Se puede incluso no decirlo con una fórmula, con tal que se cultiven estos sentimientos. Así la vida está establecida en el justo camino” (*A las Hijas de San Pablo, 1956*, págs. 283s).

El **espíritu paulino** del *Pacto* es este: “Dispuestos siempre a obrar como si todo dependiera de nosotros, y a rezar y esperar en el Señor como si todo dependiera de Él” (*San Paolo*, enero de 1950, en *Carissimi in San Paolo*, pág. 295). Tal certeza para la vida consagrada está también reafirmada como una máxima por Juan Pablo II: “Hay que confiar en Dios como si todo dependiese de Él y, al mismo tiempo, empeñarse con toda generosidad como si todo dependiera de nosotros” (*Vita consecrata*, n. 73).

La llamada de los primeros cuatro discípulos narrada en el **Evangelio** (Mc 1,14-20) la interpreta Marcos como el comienzo de la predicación de Jesús, que coincide con la elección de quienes continuarán su misión de evangelización después de Él.

A partir del Concilio Vaticano II, gracias también al magisterio inteligente de los Papas que han escrito y hablado de la evangelización, la Iglesia va descubriendo siempre su identidad de “ser para evangelizar”. La exhortación del Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, implica asimismo una movilización de toda la comunidad eclesial para la evangelización al subrayar que “la acción misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia” (n.15) y que “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión esencialmente se configura como comunión misionera” (n. 23) y, en fin, “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (n. 49).

Profundamente injertado en la Iglesia, también el carisma paulino debe seguir siendo “**itinerante**”, tal como fue concebido hace cien años, pues su sola razón de ser es “**pastoral**”, “**para el pueblo**”: “Dar a Dios a los hombres y dar los hombres a Dios”, “evangelizar a los hombres de hoy con los medios de hoy”.

En una Iglesia toda ella misionera, **la llama del carisma paulino debe ser “reavivada” con el soplo de la misión** con la que llevamos el aporte de nuestra espiritualidad y de la complementariedad de nuestros apóstolados.

De modo particular tenemos el deber de indicar, con la reflexión y con las iniciativas apostólicas, que también en la comunicación, incluyendo la digital, “**hay un pueblo numeroso para el Señor**” (cf At 18,10) y estar convencidos de que Él nos ha pedido a nosotros, hijos e hijas de san Pablo, emplear toda nuestra vida, en continuidad con el ejemplo de san Pablo y del beato Santiago Alberione.